

el hijo del Rey no moderase la cólera de su padre, quien se contentó con mandarlos encerrar, y aun luego les dió libertad de pasar al reino de Marruecos. No fue su celo allí menos vivo que en Sevilla; predicaban á los sarracenos en cualquier parte que los encontrasen; y viniendo un dia el Rey de paseo, á tiempo que Berardo de Corbe estaba cercado de una multitud á la que se esforzaba á atraer al cristianismo, no intimidando la presencia de este Príncipe al misionero, redobló la energía de sus exhortaciones. Túvole el Rey por loco, y mandó enviarle con sus compañeros á pais cristiano, haciéndolos conducir á Ceuta para que allí se embarcasen. Todos cinco pudieron en el camino burlar la vigilancia de sus conductores, y vueltos á Marruecos se pusieron á predicar en la plaza pública. Los prendieron por segunda vez, á fin de enviarlos á tierra de cristianos. Tambien se escaparon, y fueron tercera vez á Marruecos, donde se presentaron al Rey en cuya presencia comenzó Fr. Berardo á predicar el Evangelio, cuando el Príncipe furioso á vista de esta perseverancia tan intrépida, y mucho mas de la inutilidad de sus razones dirigidas á trastornar su fe, les cortó la cabeza con sus propias manos el dia 16 de Enero de 1220. Sus reliquias fueron recogidas por los cristianos de la ciudad, y trasladadas á Portugal al monasterio de Santa Cruz de Coimbra. El Señor obró allí muchos milagros que fueron causa de que colocasen á estos mártires en el número de los que la Iglesia públicamente venera.

39. Envió San Francisco á otros siete de sus religiosos á predicar el Evangelio en Ceuta, primera ciudad de Africa sobre el estrecho que la separa de España (1). Al anunciar que no habia salud sino en Jesucristo, el Príncipe musulman hizoles conducir á su presencia, y les ofreció grandes riquezas si querian abrazar el mahometismo. Viéndolos inalterables, los mandó separar y tentar á cada uno en particular bien con amenazas ó bien con promesas; y en fin, los condenó por su constancia á perder la cabeza. Algun tiempo despues fueron canonizados como los mártires de Marruecos.

No se contentó el santo fundador con poner á sus discípulos en accion; dióles el eemplo del celo apostólico con tanta mas diligencia, quanto menos religiosos literatos hallaba que llenasen sus deseos para esponerse á tan grandes riesgos. Este motivo unido al ardor insaciable de caridad, movióle á enviar de antemano á fray Guilles á los sarracenos que habitaban las regiones orientales del Africa: era hombre dotado de gran sencillez, y Francisco le apreciaba en estremo. No pudieron adelantar cosa alguna contra la obstinacion musulmana Guilles y algunos compañeros tan virtuosos como él; y entonces tuvieron motivo de convencerse de que lejos de ganar perdía la verdadera Religion presentando la luz á unos furiosos cuyo abuso solo producía profanaciones y muertes.

40. Pasó no obstante Francisco en persona al Egipto, en uno de los buques de socorro enviado á los

(1) Sur. 13. Oct.

temia una sublevacion si hacia este pacto. Al Santo le ofreció ricos presentes, y rehusándolos éste se hizo todavía mas venerable á sus ojos. Despidióle luego, y le dijo suspirando: „rogad por mí, padre mio, á fin de que Dios me haga conocer la religion que le es mas agradable.”

41. Convocó Francisco á su vuelta de Egipto un capítulo en Asís. Grandes quejas recibió durante su ausencia contra fray Elías, á quien habia dejado, no sin cierta inquietud, por vicario general, como un hombre hábil para el gobierno, ó mejor diremos, muy acreditado entre los hermanos.

Poniendo Elías de manifiesto en el primer capítulo celebrado el año anterior, una sabiduría muy sospechosa á la humildad de Francisco, le hizo decir por medio del cardenal protector de la orden, que un hombre simple y sin letras debia oír los consejos de los religiosos versados en las ciencias y en las cosas, añadiendo á esto que no era cuerdo encarecer tanto el sistema de los antiguos padres de la vida cenobítica, y aficionarse solo á reglas nuevas superiores á la flaqueza humana. Descubriendo Francisco la maniobra, y penetrando hasta el fondo de los corazones, se levantó en medio del capítulo, y dijo en presencia del cardenal: „hermanos, mis queridos hermanos, Dios nos llama á la vida sencilla y humilde para seguir la locura de la cruz. No me propongais mas regla que la que el Señor se ha dignado enseñarme. Nada hago por mí mismo en esta materia, y Dios me ha hecho conocer su voluntad con señales que no son de

sospechar. Temed que los sabios que os sorprenden atraigan sobre sí ó sobre vosotros la cólera del cielo. Su prudencia carnal no engañará al Señor; mas ellos se engañan á sí mismos, esforzándose en destruir lo que Jesucristo ordena para su salud por el órgano de Francisco su indigno siervo.”

No pudieron dejar de causar impresion en el santo fundador las quejas que despues de esto ocurrieron contra las relajaciones de Elías; este tardó poco en ver con sus propios ojos cuan bien fundadas eran. El discípulo dégenerado, osó presentarse delante de su maestro con un hábito mas pulcro, y de una tela mucho mas fina que los demás, una capilla mas ancha, parecida á la que llevaban todavía muchas gentes del siglo, las mangas mas largas y un paso poco modesto (1). Sin esplicarse todavía el varon de Dios, le rogó que le presentase su hábito. Se le puso por encima del suyo, le plegó con elegancia por debajo de la cintura, levantó con orgullo la capilla, y marchando luego con pasos graves, la cabeza levantada y el pecho dilatado saludó á los presentes diciendo en tono de proteccion: *Dios os guarde, mis buenos hermanos.* Dió tres ó cuatro vueltas de esta manera en medio de la asamblea. Despojóse al punto de aquel hábito, le arrojó lejos de sí, y volviéndose al culpable: „ved, le dijo, como serán espelidos los frailes bastardos de la orden. Y ved, añadió, volviendo á su sencillez natural, el modo que caracteriza á nuestros hermanos legítimos.” Proscribió todas las nove-

(1) *Vading. 1220.*

dades que Elías habia introducido en la órden , le despojó del cargo de vicario , é hizo nombrar en su lugar á Pedro de Cátana. Luego quiso renunciar á todo gobierno y someterse á Pedro , como á ministro general ; mas los hermanos no pudieron consentir en ello , y declararon que entanto que viviese , qualquiera otro superior seria solo su vicario.

No se redujo á estas exterioridades la humildad de Francisco : se estendió hasta á las distinciones y prerogativas del estado , que los individuos de las comunidades sostienen á las veces con tanta mayor entereza , quanto se hallan mas desprendidos de los intereses mundanos (1). Quejáronse á San Francisco muchos frailes de que en las provincias lejanas varios obispos no les permitian predicar , y le rogaron que les sacase un privilegio del Papa para anunciar sin tal permiso la palabra divina donde les pareciese oportuno. Manifestóse asustado el santo varon de esta pretension , y respondió : „ ¡ qué , hermanos míos ! ¿ así olvidais el espíritu de vuestro estado ? Vuestro privilegio natural es no tener alguno ; solamente servirian las distinciones para ensoberbeceros , y suministrar á los demás causas de exasperacion y de discordia. Exige la órden que profesais , que ganeis desde luego la bondad de los superiores con la humildad y sumision , y despues con la palabra y el buen egeemplo á los fieles que viven sujetos á sus leyes. Al ver los prelados que vivís santamente , y que reverenciáis su autoridad , ellos serán los primeros en pedirnos que co-

(1) *Id. ann. 1219. num. 26.*

opereis á la salvacion de las almas que están confiadas á su cuidado.”

Representáronle algunos frailes que habian encontrado párrocos tan intratables , que todas las atenciones posibles y la mas egeemplar vida no podian reducirlos ; á lo que replicó el Santo : „ nosotros hacemos en la santa milicia el papel de tropas auxiliares , y no estamos revestidos del mando : nuestra recompensa será arreglada , no á los sucesos , sino al trabajo y á la buena voluntad. En quanto á lo demás , si sois hijos de la paz ganareis al clero y al pueblo. Suplid el defecto de los pastores , y aun cubrid sus faltas ; y despues de todo procurad ser cada vez mas humildes (1).” No obstante , como la falta de aprobacion por escrito y de un modo auténtico del instituto de San Francisco , daba motivo al clero secular para causar á sus religiosos una gran parte de estos disgustos ; por consejo y auxilio del cardenal protector obtuvo del Papa Honorio una bula solemne de confirmacion con fecha de 11 de Junio de 1219 , la primera que ha sido concedida al instituto de San Francisco.

42. El mismo favor recibió el de Santo Domingo en el principio del pontificado de Honorio. Eran estas dos órdenes cual dos diques incontrastables , elevados en la Iglesia contra la avenida de la relajacion y de la corrupcion. Comunicó el Señor para animar la virtud de los maestros y de los discípulos á los dos fundadores luces del todo celestiales sobre la al-

(1) *Collat. 12. tom. 3. opusc.*

tura de su destino. Dicen, que habiéndose encontrado en una iglesia de Roma, se reconocieron sin nunca haberse visto. Propuso Domingo á Francisco reunir sus congregaciones, y hacer una sola de las dos; Francisco respondió (1): „hermano mio, la voluntad de Dios es que queden separadas, á fin de que esta diversidad suministre mas recursos á la flaqueza humana; y aquel á quien no convenga el rigor de la una, no deje de hallar en la otra el camino de la salud.” No fue la union menos perfecta entre los dos fundadores y sus discípulos. Al principio los frailes predicadores no fueron ni mendicantes, ni exceptuados del ordinario, sino canónigos regulares. La primera bula que aprobó su instituto, le califica de orden de canónigos bajo la regla de San Agustin, lo que estaba de acuerdo con el decreto de Letran, que solo prohibia el establecimiento de nuevas órdenes religiosas. Santo Domingo disponiéndose á llevar la luz del Evangelio á los sarracenos, hizo tambien elegir, con el nombre de abad, un superior general llamado Mateo; pero este fue el único que tuvo este título. El general de la orden tuvo despues el nombre de maestro, y los superiores locales el de priores.

43. Esparciéronse los frailes predicadores como los menores en toda region cristiana. Domingo envió quatro de sus frailes á España, á donde partió él despues, y fundó dos monasterios, uno en Madrid entregado casi al punto á las religiosas, y otro en Segovia, que fue la primera casa de la orden situada

(1) *Opusc. tom. 3. Collat. 10.*

al medio día de los Pirineos. Fueron á Paris otros siete frailes, donde adquirieron una casa en la calle de Santiago, que les hizo dar en toda la Francia el nombre de jacobinos. Siguió el brillante establecimiento de Bolonia en Italia, cuyo obispo á súplicas del cardenal Hugolino les dió la iglesia de San Nicolás de las viñas, y muchas personas ilustres se apresuraron á ensalzar esta orden en sus principios consagrándose ellos mismos al Señor. Concedióles en Roma el Papa Honorio la iglesia de San Sisto. Encargó casi al propio tiempo á Santo Domingo reformar y reunir para el efecto en este lugar á todos los religiosos diseminados en diversos cuarteles de Roma; y los frailes predicadores fueron trasladados al convento de Santa Sabina donde aun residen. Grandes dificultades experimentó esta reforma aunque continuada por tres cardenales que el Santo pidió humildemente por apoyo: empero lo que la autoridad de la púrpura no pudo conseguir, Domingo lo consumó con felicidad por la perseverancia de su virtud, y por el esplendor de muchos milagros que atestiguaron una multitud de personas que los presenciaron. Entre otros prodigios, resucitó tres muertos en esta sola ocasion.

44. Ivon, cancelario de Polonia, electo obispo de Cracovia, que fue á Roma para hacer confirmar su eleccion, es uno de los testigos de estas maravillas (1). Tan admirado quedó, en particular de la

(1) *Theod. lib. 2. cap. 3. et 6.*

cristianos que sitiaban á Damietta (1). Preparáronse los sitiadores poco despues de su llegada á dar una batalla á los infieles. El Santo tuvo revelacion de que el éxito no seria favorable á los cristianos; pero temió ser tenido por un visionario si anunciaba un acontecimiento tan impenetrable al espíritu humano. Comunicó su perplejidad al religioso que le acompañaba, quien le dijo: „hermano mio, temed mas á Dios que á los hombres, y tened en poco el juicio del mundo, que hace tiempo reputa por locura vuestra sabiduría evangélica.” Dirigióse luego Francisco al gefe de los cruzados para hacerle saber su revelacion, que se tomó en efecto por una ilusion: los cristianos habiendo dado el combate fueron derrotados y perdieron cerca de seis mil hombres entre muertos y prisioneros. Este fue el combate (á lo que se cree) que dieron los cruzados alemanes y húngaros á 29 de Agosto de 1219.

Quedaron con todo los dos egércitos el uno en frente del otro; pero los sarracenos estaban tan vigilantes que no podia cristiano alguno salir del campo sin manifesto peligro. Habia prometido el sultan un besan de oro á quien le trajese la cabeza de un cristiano. Nada fue bastante á intimidar á Francisco, el cual halló medio de substraerse á la vigilancia de los infieles, y marchó á su campo con solo un compañero. Encontraron dos ovejas, y dijo al religioso que le acompañaba: „tomemos aliento, hermano mio, con las promesas de aquel que nos envia como ove-

(1) *Bonav. in vit cap. 19. — Jac. Virt. hist. occid. cap. 32.*

jas en medio de los lobos.” Pronto se vieron acometidos de dos sarracenos que los ataron y cargaron de golpes y de injurias. Francisco les dijo severamente: „yo soy cristiano, y tengo que tratar de un negocio con vuestro señor; no tardeis en conducirme á él.”

Era el sultan Melic-Camel, hijo de Saphadino y llamado Meledino por nuestros autores. Preguntó á los dos religiosos quién los enviaba: Francisco respondió: „el Señor muy alto es quien nos envia, para mostraros el camino del cielo á vos y á vuestro pueblo.” Prendado el sultan de su firmeza, le dió muchas audiencias en el espacio de pocos dias, y le convidó á establecerse cerca de su persona. „Me quedaré gustoso, respondió Francisco, si quereis convertirnos junto con vuestro pueblo. Si tal vez os ocurre alguna duda sobre la necesidad de abandonar la ley de Mahoma para abrazar la de Jesucristo, haced encender una grande hoguera y yo entraré en ella con los doctores de vuestra religion, á fin de que Dios Criador de los elementos os haga conocer cual es la ley que es necesario seguir. Dudo mucho, replicó Meledino sonriéndose, que alguno de nuestros imanes quiera entrar en el fuego por su religion.” En efecto, uno de los mas ancianos habia ya desaparecido temblando, al primer desafío del santo varón, quien replicó al sultan: „Pues bien, yo entraré solo, si me prometeis que vos y vuestros vasallos abrazareis el cristianismo, suponiendo que salga sano y salvo.” Meledino respondió entonces mas seriamente, que